

Por qué fracasan los países

MARIA EUGENIA URDIALES VIEDMA

Universidad de Granada

1. Datos bibliográficos

- Nombres y apellidos de los autores: Daron Acemoglu y James A. Robinson.
- Título de la obra: *Los orígenes del poder, la prosperidad y la pobreza*.
- Ciudad donde se editó: Barcelona.
- Editorial: Ediciones Deusto.
- Fecha de edición: 2012.
- Número de páginas: 589.
- ISBN: 9788423412662

2. Resumen expositivo

Al tratar de conectar riqueza natural y prosperidad de la población, los autores de este ensayo, profesores de Economía en el MIT (Acemoglu) y de Ciencia Política en Harvard (Robinson) se plantean uno de los temas recurrentes en el análisis geográfico: el del determinismo físico, especialmente desarrollado desde el último tercio del siglo XIX cuando la Geografía se estructura como ciencia contemporánea de la mano de Ratzel. Tras el rastreo histórico en distintas áreas espaciales de los diferentes continentes, se constata en la obra que dicha teoría no funciona, ya que la realidad demuestra exactamente lo contrario. De hecho, la exuberancia de riquezas naturales con demasiada frecuencia ha ido acompañada de altos niveles de pobreza, corrupción, guerras civiles, instituciones débiles y, en fin, génesis de una fuerte escalada de violencia, cuyo objetivo esencial es precisamente el control de los recursos. Una interrogante interesante con la que comienza el libro trata de explicar cómo áreas con condiciones naturales muy similares tienen un nivel de vida muy diferente. Así por ejemplo ¿por qué la provincia de Nogales (Arizona) tiene un nivel de vida muy superior al de Nogales (Sonora, México)? o ¿cómo se mantuvieron las desigualdades entre la República Federal de Alemania y la Alemania Oriental en el contexto de la Guerra Fría o entre las dos Coreas actualmente? La explicación de dichas disimilitudes no responden a la riqueza natural, sino que por el contrario reflejan la propia cultura, la historia y las instituciones políticas.

La teoría más reconocida que conecta cultura y prosperidad remite a Max Weber, para quien la Reforma Protestante generó una ética que está en la base de la Revolución Industrial en Europa Occidental, punto de partida para la diferenciación de países ricos y pobres hasta la actualidad. Dicha explicación es sólo parcial, por lo que se hace necesario recurrir a las otras perspectivas: históricas e institucionales que se retroalimentan y convergen, ayudando a explicar las significativas diferencias interterritoriales.

Dejando a un lado la teoría de Max Weber, a la que le dan sólo una importancia secundaria, los autores recurren a la convergencia de las perspectivas históricas e institucionales que ayudan a explicar las significativas diferencias interterritoriales. En consecuencia, la pobreza o prosperidad

de las naciones viene a ser el resultado de la actuación coordinada de instituciones políticas y económicas y esa realidad está fuertemente anclada en el pasado.

En concreto, las enormes desigualdades entre uno y otro lado de la frontera estadounidense-mexicana hunden sus raíces en la historia y en la diferente forma de colonización llevada a cabo por Inglaterra y España. En efecto, la colonización española en América generó instituciones extractivas cuyo objetivo era la extracción de renta y riqueza a partir de la explotación de los indígenas. Más adelante, la independencia profundizó el mismo modelo institucional que se mantuvo a lo largo del siglo XX y que ha dado lugar a que Latinoamérica se haya convertido en uno de los continentes más desiguales del mundo. A partir de los años 90, las instituciones extractivas empezaron a cambiar cuando la mayoría de países latinoamericanos avanzan hacia la ampliación de los derechos políticos. No obstante, no parece claro que la realidad político-económica se vaya transformando hacia unas estructuras inclusivas, como lo ha puesto de manifiesto los procesos de privatización mexicana, que, en lugar de incrementar la competencia, ha supuesto el paso de los monopolios públicos a manos privadas, posibilitando el crecimiento de grandes fortunas, como por ejemplo la de Carlos Slim. Colombia es otro de los países analizados que no puede calificarse como país fracasado, ya que en él se constatan significativos avances en la conformación de instituciones político-económicas inclusivas. No obstante, todavía carece de la suficiente capacidad para ejercer su soberanía en todo el territorio nacional. Un caso particular en Latinoamérica es el de Argentina, uno de los países más ricos del mundo y de mayor nivel de vida a principios del siglo XX, cuyas estructuras político-económicas se fueron deteriorando en la segunda mitad del siglo XX, llegando a hundirse totalmente entre los años 70 y 80.

En contraposición al anterior modelo, la colonización americana del Norte se retrasó algo históricamente (siglo XVII) y fue radicalmente distinta. Tras intentar coaccionar a los lugareños sin éxito, se decidió imponer un modelo basado en el reparto de tierras y la concesión de incentivos a los colonos. Así se generaron las 13 primeras colonias, organizadas políticamente en asambleas en las que participaban los varones propietarios y presididas por un gobernador. A partir de ese modelo político se fueron generando instituciones económicas inclusivas, impulsoras de la innovación, la destrucción creativa y la aplicación de nuevas tecnologías al sistema productivo, sentando las bases de la prosperidad norteamericana. Los residuos de las instituciones económicas extractivas implantadas en el sur de los EE UU, fueron progresivamente virando desde la guerra civil (1861-1865) hacia instituciones político-económicas inclusivas que sobre todo se asientan en la segunda mitad del siglo XX, a partir del reconocimiento de los derechos civiles de todos los ciudadanos estadounidenses, independientemente del color de su piel.

Las instituciones políticas y económicas inclusivas se generan históricamente a partir de las “coyunturas críticas” y dependen de la respuesta que se produce en cada territorio. La respuesta inclusiva llega a crear un “círculo virtuoso”, siguiendo un proceso de retroalimentación positiva, lo que aumenta la posibilidad de que estas instituciones se perpetúen y se expandan. Desde la revolución Neolítica los avances de la humanidad han sido reflejo de impulsos económicos, provocados por innovaciones institucionales.

Por el contrario, la razón más común por la que han fracasado los países es porque tienen instituciones extractivas, que tratan de perpetuarse de acuerdo a un proceso denominado “círculo vicioso” que bloquea el desarrollo económico. El mantenimiento de estructuras políticas extractivas que muchos países africanos, asiáticos y latinoamericanos heredaron del periodo colonial

sembraron la semilla para las luchas de poder y los conflictos civiles, que con frecuencia se han mantenido hasta la actualidad.

El arranque de uno u otro modelo de instituciones políticas y económicas parte de la respuesta política que se gesta ante las coyunturas críticas que afectan a cualquier territorio y que pueden hacer cambiar el curso de la historia. El punto de partida recoge la diferente respuesta institucional que tuvo lugar en Inglaterra y en Europa Oriental ante la disminución de mano de obra en el campo, ocasionada por la peste del siglo XIV. En el primero de los casos, la mano de obra campesina fue capaz de organizarse y demandar ante los señores feudales una mejores condiciones laborales, recogidas en el Estatuto de los Trabajadores de 1351, documento básico en la génesis del mercado de trabajo intrusivo en Inglaterra. Por el contrario, los señores feudales en Europa Oriental siguieron manteniendo sus posesiones y la explotación de sus siervos frente a un campesinado menos organizado. De ahí parte el retraso político-económico e institucional del Imperio Austro-húngaro y de la propia Rusia zarista

Más adelante, en el siglo XVII, las transformaciones político-económicas acaecidas a partir de la Guerra Civil inglesa y la Revolución Gloriosa impusieron limitaciones de poder a la monarquía y el gobierno, a la vez impulsaron un avance sustancial en el camino hacia la igualdad de los ciudadanos y el asentamiento del Estado de Derecho en Inglaterra. En este nuevo contexto se fueron fraguando las instituciones políticas y económicas inclusivas, generando una cultura favorable al desarrollo de la actividad económica, preludio de la Revolución Industrial. Diametralmente opuesta fue la trayectoria seguida por la corona española, que seguía aprovechándose de la economía extractiva sobre la que se asentaba su Imperio. Así mientras que Felipe II actuaba a su antojo al margen de las instituciones y sirviéndose del monopolio de comercio, Isabel I de Inglaterra se veía obligada a acudir periódicamente al Parlamento para conseguir el dinero necesario para la implementación de su política. Similar a la evolución política española fue la del absolutismo francés durante la Edad Moderna. No obstante, la Revolución Francesa supuso el punto de inflexión en las instituciones extractivas y el paso hacia las intrusivas en el caso francés.

Aunque con características puntuales diferenciadas, otros regímenes absolutistas crearon instituciones de carácter extractivo de manera bastante generalizada en el continente africano a lo largo de la Edad Moderna, basadas en este caso en el tráfico de esclavos que se mantuvo hasta 1809. El mismo modelo extractivo se mantuvo con el capitalismo decimonónico e incluso llegó a perpetuarse tras la independencia en la segunda mitad del siglo XX, ya que las instituciones económicas extractivas que siguen asentadas en el África subsahariana no son capaces de generar los incentivos necesarios para que la gente ahorre o invierta. Dicho proceso explica el fracaso de países como Angola, Costa de Marfil, Sierra Leona, República Democrática del Congo, Mozambique, Somalia, Zimbabue, Sudán o Uganda. Una excepción interesante de resaltar en el continente es la de Botsuana, país que ha venido desarrollando desde la independencia instituciones políticas y económicas inclusivas que apostaron por la educación y las políticas de igualdad. Dicha política ha sido capaz de garantizar los derechos de propiedad y de fomento de una economía de mercado inclusiva, habiendo revertido la riqueza de su suelo (especialmente los diamantes) en una mayor solidez del estado y en mejor nivel de vida de su población.

Coincidiendo con la oscura Edad Media europea, China fue capaz de impulsar, especialmente entre los siglos X y el XII, importantísimos avances tecnológicos como el reloj, la pólvora, el papel, el papel moneda, la porcelana o los altos hornos. Sin embargo, a partir del siglo XVI se fue estructurando en el país un modelo político absolutista que cambió de prioridades. En efecto, se

empieza a propiciar el desarrollo de políticas extractivas que se mantuvieron en el contexto del colonialismo decimonónico, especialmente tras las derrotas chinas en las guerras del opio entre 1839 y 1842. Los cambios políticos acaecidos en China en las últimas décadas está generando un fuerte crecimiento económico, todavía basado en un sistema económico extractivo, que es necesario que se modifique hacia un modelo más inclusivo, para dar un carácter de estabilidad al sistema.

Un proceso parcialmente similar se ha venido desarrollando en India, donde se ha producido la convergencia del sistema de castas con el absolutismo de los gobernantes mogoles y la más reciente incorporación del Imperio Británico impidieron el desarrollo de instituciones económicas inclusivas. En esta línea es conveniente recordar que la India se había convertido en el primer productor y exportador de textiles del mundo en el siglo XVIII. Dicho proceso de industrialización fue sofocado por ser contrario a los intereses político- económicos de la potencia colonizadora. También Japón puede considerarse un modelo de economía extractiva entre 1600 y 1856, es decir coincidiendo con el periodo Tokugawa y hasta el triunfo de la Revolución Meiji, cuando se fueron estableciendo los cimientos del Japón moderno.

Por otra parte, el Imperio Otomano también se ha conformado históricamente como otro ejemplo de economía extractiva, incapaz de garantizar los derechos de propiedad en su territorio. En la segunda mitad del siglo XIX se produjeron algunos intentos infructuosos de modificar la deriva político-económica que llevó a la caída del Imperio en 1918.

Sería imposible comprender la realidad de algunas de las regiones más pobres del mundo sin tener en cuenta el comunismo, entendido por los autores como el absolutismo del siglo XX. Sobre la base de la Rusia Zarista, las instituciones de la URSS desarrollaron una economía extractiva, especialmente desde el Primer Plan Quinquenal de 1928 hasta el decenio de los 70, cuando la trayectoria económica ascendente del país se paraliza por la política de coacción, la falta de incentivos hacia la generación de avances tecnológicos y la resistencia al cambio protagonizada por parte de las élites. Sólo hubo alguna iniciativa de innovación en los sectores militar y aeroespacial.

Un proceso político-económico similar al anterior lo ha seguido China, especialmente en el periodo de Mao, Camboya con los jemereros rojos y Corea del Norte desde los años 50 del siglo pasado. En todos ellos, las instituciones comunistas extractivas, apoyadas en instituciones políticas también extractivas condujeron al hambre y al hundimiento económico a sus respectivos países. La trayectoria política seguida por algunos de los antiguos territorios comunistas, tras la caída del Muro de Berlín continúa en la misma senda de mantenimiento de gobiernos extractivos, caso de Uzbekistán que continúa desarrollando instituciones políticas y económicas muy extractivas de la mano del clan del presidente Karimov.

3. Comentario crítico

Es cierto que la obra de Acemoglu y Robinson está suponiendo un enorme revulsivo en las ciencias sociales, habiendo recibido numerosas críticas muy favorables provenientes incluso de varios premios Nobel de Economía, como Kenneth J. Arrow, Robert Solow o George Akerlof, recogidas acertadamente en la propia portada de la edición española. Naturalmente, esas referencias elogiosas añaden interés para adentrarse en la lectura de un ensayo apasionante por su capacidad de análisis histórico, de reflexión y de explicación de la realidad geográfica actual, marcada extraordinariamente por las fuertes desigualdades entre países prósperos y otros con enormes bolsas de

pobreza. Paralelamente es necesario destacar la envergadura de la tarea que se plantea en el libro y que alcanza a todos los continentes, intentando buscar una base teórica sobre la prosperidad y la pobreza, aplicable a distintas áreas del planeta y en diferentes épocas históricas, llegando hasta la actualidad. El análisis riguroso de la historia económica y cultural africana es otra de las meritorias aportaciones de la obra, por lo que añaden de conocimiento de un continente tradicionalmente relegado en la investigación social contemporánea.

En suma, la teoría planteada sobre las instituciones político-económicas extractivas o inclusivas además de interesante es muy sugerente a la hora de explicar la prosperidad o pobreza de gran número de países de los continentes africano, asiático y latinoamericano. No obstante, en la obra se pasa de puntillas sobre la realidad político-económica de los países más desarrollados que parecen quedar encuadrados dentro de la calificación de países prósperos, cuando muchos de ellos están derivando hacia una trayectoria negativa. Quizás hubiera sido interesante que los autores trataran también de aplicar su teoría a los países de este bloque, especialmente a los que conforman la Unión Europea, afectados desde hace un lustro por una fuerte crisis económica, pero sobre todo por una más profunda crisis institucional. Todavía se echa más en falta una aproximación crítica a la realidad político-económica y social estadounidense, que se dibuja como ejemplo de desarrollo inclusivo en la obra, a pesar de la enorme bolsa de pobreza, desigualdad y exclusión social que afecta a un significativo sector de la ciudadanía estadounidense.